

# LA FÁBRICA

L. M. NARANJO

# LA FÁBRICA

*La fábrica*  
Colección Atenea, 9  
© L. M. Naranjo

© De esta edición:  
Editorial Montflorit. Trobador, 4.  
08290 Cerdanyola del Vallès

Diseño de cubierta:  
Kira Riera

Impreso en Printcolor (Santa Perpétua de Mogoda)

ISBN: 978-84-15057-17-8  
D.L.: B-28218-2011



EDITORIAL  
MONTFLORIT

Cerdanyola del Vallès, 2011

*Para Laura siempre,  
la estrella que alumbra nuestras vidas*

*Y Alan,  
que ha llegado como un sueño en un rayo de sol*

*Seré siempre tuya,  
todos los días de mi vida*

## CAPÍTULO UNO

El paisaje se derretía bajo un sol plomizo cargado de humedad que dejaba la piel pegadiza. Una cortina candente se deslizaba para envolverlo todo. Avelino avanzaba por el sendero sin prestar la menor atención a la temperatura. En todo el trayecto sólo divisó un pájaro, que planeó con su perfecta elegancia sobre su cabeza haciéndole compañía por unos minutos, luego levantó el vuelo, perdiéndose en la lejanía para buscar mejor refugio.

Había comenzado aquella ruta después de comer al mediodía. Manolo lo había informado de dónde se ubicaba una fábrica entre Sabadell y Terrassa. Tan grande era, había dicho, que cabían todos los parados del mundo. Aquella exageración le había hecho reír, a pesar de que últimamente su ánimo no estaba para muchas fiestas. De todas formas, no era fácil resistirse a la gracia espontánea de su amigo andaluz.

Encontrar un puesto de trabajo suponía para él la mejor noticia que podía recibir.

—A la vuelta ya no seré un parado —le había dicho a su mujer con una ilusión en los ojos que ella casi había olvidado, lejana ahora la chispa de alegría de su mirada, como si una ola la hubiese empujado hasta hundirla en el agujero de una tierra olvidada. Para Aveli-

no, la situación de paro que sufría era una herida abierta, como si el alma se desgarrara y, espantada, quisiera echar a correr.

Fue esa situación precisamente la que les obligó a emigrar de Murcia, su tierra natal, cuando la maquinaria comenzó a sustituir a los jornaleros. Entonces se habían trasladado a Sabadell, una ciudad en progreso.

Hacía rato que había dejado atrás la población bañada en vapores, reino textil incuestionable con sus chimeneas señalando hacia las alturas, orgullosas de pertenecer y formar parte de una soberanía que afincaba sus cimientos en una tierra firme y acogedora.

Recordaba casi con añoranza su primer encuentro con aquellas calles, tan pobladas de fábricas que dibujaban un fantástico entramado industrial, con un importante movimiento humano que no cesaba nunca.

Llegó con Susi, su mujer, de recién casados, para instalarse en una estada en el barrio de la Creu de Barberà, en el 37 de la calle Feijoo, una vivienda más que modesta.

En aquel tiempo se edificaron multitud de viviendas que no reunían ni la más mínima de las comodidades; incluso el aseo se había de compartir con varias familias que también vivían en el mismo callejón. Esto ocurría en los barrios periféricos. También en el margen del río Ripoll se ubicaban una cantidad importante de cuevas, habitadas por familias recién llegadas a la espera de conseguir un hogar más digno. La precariedad de estos refugios fue a consecuencia de la llegada masiva de emigrantes a la ciudad, debido al alza industrial que aumentó considerablemente la oferta de puestos de trabajo.

Era Sabadell entonces una corriente imparable de gentes laboriosas en una ciudad que no dormía. Eran también calles impregnadas de la bruma que emanaba de sus fábricas, dejando flotar su aliento mezclado de tintes y vaporizadoras. Pero todo aquello llevaba el nombre de «progreso».

Fueron años de bonanza y la ciudad se enriqueció. No fue sólo por el esplendor que origina el crecimiento económico, sino tam-

bién por aquel que proporcionan las mezclas de costumbres, tradiciones y riqueza cultural. Su incremento en pocos años fue espectacular y desbordó todas las previsiones.

Avelino comprobó la posición del sol, cavilando sobre la descripción que le hiciera su amigo sobre el lugar donde se emplazaba la fábrica. Teniendo en cuenta el tiempo que llevaba caminando, no le quedó otro remedio que admitir que se había perdido, ahora no sabía qué dirección tomar.

La idea de regresar a casa sin un empleo le producía un malestar que se sumaba al otro que ya llevaba consigo en lo más profundo de su ser. Reconocía ahora que había cometido un error por su falta de previsión. Si por lo menos hubiese llevado agua para el camino y, por qué no, algo de comida por si se entretenía... Pero fue oír que podía encontrar un trabajo y tuvo tal arrebato que no pudo reprimir el impulso de correr en pos de su más ferviente deseo. Podía también haber aceptado el ofrecimiento de su amigo para llevarle en el seiscientos. De todas formas, sus razones habían sido sensatas. Hemos de saber que fueron muchas las fábricas que él visitó buscando un empleo desde el mismo día en que se quedó parado.

En todas le decían lo mismo: «en estos momentos no tengo nada», «pásate otro día por si hubiera alguna cosa», «déjame tu dirección por si sale algo de ahora en adelante». Estas y otras frases parecidas fueron las que oyó una y otra vez. Bastante decepción suponía para él sentirse rechazado para además llevar testigos.

Nunca había imaginado él que el paro pudiera hundirle en una cueva negra, porque siempre fue un hombre decidido, dispuesto a abrirse camino. Sin embargo, aquel estado de inactividad laboral era humillante. No podía entender que no existiera un empleo, porque él estaba dispuesto a trabajar en lo que fuera.

¿Pero qué clase de sociedad era aquella, que utilizaba a los seres humanos como objetos de usar y tirar? Porque así era como él se sentía. Después de haberse dejado la piel en aquellas máquinas, trasportando a diario las balas pesadas de materia prima, haber trasladado las gavias de mechas de un lado para otro, de hacer

siempre las horas extraordinarias que la empresa necesitaba, ahora estaba tirado.

La luz del día se extinguía y un crepúsculo cercano se perfilaba desolado: reinaba en el paisaje una apacible quietud y el gemido del viento se dejó oír, como un animal que acecha a su presa. Ante Avelino, sólo se apreciaba una explanada ancha, un camino en medio de aquella tierra desértica: ligeras subidas y bajadas ondulantes rompían de cierta manera con la rectitud del entorno de aquella gran llanura. A ambos lados del camino, sólo se distinguían matos secos y alguna que otra hierba raquílica y amarillenta consumida por el sol.

Necesitaba encontrar la fábrica, conseguir un empleo y retomar de nuevo su vida. Sin embargo, la oscuridad acechaba para cubrirlo todo bajo su manto. Percibió entonces la soledad en aquellos campos de una forma cruel. Sólo tuvo conciencia de que tenía hambre cuando oyó sus tripas rugiendo en una sinfonía.

Pasar la noche bajo las estrellas no formaba parte de sus planes, pero ninguna otra opción le parecía más acertada; con la luz del nuevo día, aquellos pensamientos oscuros tal vez cambiarían de color y encontraría la empresa.

Distinguió a lo lejos un saliente y se encaminó hacia él: era una roca con una parte de la superficie lisa, incluso le brindaba un hueco donde apoyar la espalda. Se recostó en ella resignado y cerró los ojos. Estaba realmente cansado. En aquellos momentos de soledad, la situación laboral que sufría Sabadell se manifestó con crudeza. Envuelto en aquellas sombras que se iniciaban, la percibió como una epidemia contagiosa: era un gigante negro que no poseía rostro ni tenía compasión, que destruía la sociedad y azotaba a las familias, tirando por tierra los proyectos de futuro, sumiendo en la desesperanza a muchos centenares de seres, además de amenazar con establecerse como una lacra para quedarse a vivir en aquel país.

Sacudió Avelino la cabeza enérgicamente para alejar pensamientos poco gratos. Necesitaba encontrar en aquella soledad algunos recuerdos felices para apaciguar su estado de ánimo.

Su mente se deslizó hacia una tarde lejana, allá en el pueblo donde nació. Fue la primera vez que encontró el valor para abordar a solas a la chica que más le gustaba. Procuró que no le temblaran las manos ni la voz. Era entonces un adolescente con la ilusión del primer amor, aunque entretejida con la timidez y la falta de experiencia. Y aun todavía existía algo más que lo perturbaba. Su mejor amigo, Vicente, estaba tan enamorado de Susi como él, pero su amistad era firme y sincera, por lo cual resistió aquella prueba. Un día se dieron un apretón de manos deseándose mutuamente que ganara el mejor.

—Sin rencores —habían dicho—, en el amor y en la guerra todo vale.

La chica era de mediana estatura pero bien formada, tenía unos ojos preciosos color de miel y una melena larga azabache, que brillaba emitiendo destellos cuando le daba el sol: eran muy bonitas sus piernas y su andar gracioso, según decían ellos.

Los días de fiesta, lo inventaban todo para ser el primero en bailar con ella.

Avelino pensaba en la chica noche y día; sin embargo, cuando la tenía delante se le enredaba la lengua y todas las palabras que llevaba dispuestas en la cabeza se quedaban en el tintero, luego permanecía con una triste sensación de ridículo. Se atormentaba pensando que sería su amigo el afortunado. Vicente era más audaz y poseía ese punto de ingenio que tanto gusta a las chicas. Sus bromas en el baile siempre las hacían reír y acaparaban su atención.

Espiaba una tarde para verla pasar camino de la fuente, él estaba en la ventana amparándose tras los visillos y, cuando ella pasó ante la casa con el cántaro a cuestas, la siguió. Se acercó mientras llenaba el cántaro en el manantial. La silueta de la chica con su mata de pelo ligeramente despeinado por el viento se recortaba ante la discreta cascada de agua que manaba incesante, salpicando cantarina y susurrando su lenguaje alegre.

La gente circulaba indiferente por la plaza, aunque Avelino no veía a nadie, era aquel un momento único, era ella la protagonista princi-

pal de una obra que lo enamoraba. Fluía con el agua un encantamiento, convirtiéndose la plaza y la fuente en un escenario envuelto en luces de candilejas. El sol avanzaba con una resolución firme camino de su lecho, tipificando un ciclo uniforme, rozando ya el horizonte teñido de rojo y ámbar; favoreciendo con su *glamour* aquel clima poseído de magia. Tal vez Susi ya hubiese inclinado sus preferencias hacia uno de los dos amigos, o quizás el dilema se resolvió en aquel instante, bajo aquella luz espléndida de un atardecer fascinante. Pasado el tiempo es difícil recordar con exactitud los detalles decisivos, sin poder precisar el momento concreto en que avanza nuestra vida por un sendero u otro; porque a veces caminamos llevados por hilos invisibles sin ver la mano que los sujeta. Susi me ha confesado con toda solemnidad que no tiene ni la más remota idea del momento en el que decidió unir su vida a la de Avelino.

Sí recuerda que durante un tiempo estuvo indecisa, sin saber cuál de los dos le gustaba más. Sinceramente, me decía, estaba hecha un lío.

Se miraron los dos aquella tarde como si en realidad fuera la primera vez, envueltos en un reflejo misterioso que posiblemente sólo ellos podían ver. Avelino, venciendo su timidez, se acercó a ella apenas rozándola.

—Hace tiempo que no nos vemos, Susana.

Ella sonrió y le miró con picardía.

—Será porque tú no quieres.

Él notó cómo se le agolpaba la sangre en el rostro, pero procuró que sus palabras no delataran que estaba nervioso.

—Pues si no te importa, te esperaré cada tarde cuando vengas a buscar el agua.

—Yo vengo cada día, pero ahora tengo que irme, mi madre me espera.

Y se alejó calle adelante, dejando a Avelino casi flotando en una nube.

—¡Susanita!, qué bien acompañada te he visto en la fuente —la voz surgió de repente tras el chirriar de una puerta al abrirse. En el

quicio, entre penumbras, apareció Carmela: era una vecina que se mantenía al corriente de todas las historias del pueblo, que luego con la mejor intención distribuía entre sus vecinas, ya fuesen de vital importancia o puras simplerías. Había estado espiando indudablemente, casi con toda seguridad, tras los visillos de la ventana que daba a la plaza y, presumiblemente, ya había elaborado un serial completo.

Susi la miró algo preocupada, temiendo que le faltara tiempo para ir con el cuento a su madre, que le había repetido muchas veces que aún no tenía edad para novios.

—Qué cosas dice usted Carmela, sólo me ha saludado el muchacho.

La mujer, que ya era anciana, llevaba el pelo desordenado y su boca desdentada dibujaba una sonrisa maliciosa: su cuerpo estaba encorvado, como si la llamada de la tierra la obligara a mirar hacia el suelo. Al salir con precipitación, no reparó en que sus medias caían lánguidamente y las ligas se deslizaban con lentitud buscando un punto de apoyo, para descansar luego sobre unas alpargatas algo deslucidas, aunque bien adornadas con un hermoso agujero en el dedo gordo del pie derecho.

«¡Qué espanto!», pensó la muchacha, que la observaba algo sobrecogida por la expresión maliciosa en su cara de cotilla. La vecina no daba muestras de haber escuchado en absoluto la explicación de Susi, sobre todo si esta conllevaba una versión contraria a la suya. Sus ojos chispeantes, a pesar de la edad, dejaban traslucir la ilusión que le producía el nuevo serial que la incitaba aquella tarde, que era como un bálsamo que mitigaba el tedio de largas horas de soledad. Estaba dispuesta a salir a la plaza y no tardarían las vecinas en estar al corriente de la gran noticia que estaba a punto de salir a la luz.

A partir de aquel día se sucedieron los encuentros diarios aunque fugaces entre Susi y Avelino: apenas una mirada de complicidad, unas palabras susurradas a media voz y luego, un adiós hasta mañana.

La intimidad entre ellos crecía, envolviéndolos en un círculo que cada día se estrechaba un poco más. La primera vez que tuvieron la

oportunidad de encontrarse con todos los amigos en el baile, Avelino no titubeó como hacía otras veces.

—¿Bailas Susana?

Ella se levantó y, ante el asombro de todos, estuvieron bailando toda la tarde. Vicente les miraba con gesto acusador, como si les pidiera explicaciones.

Cuando ella se marchó con sus amigas antes de acabar la fiesta, los dos amigos quedaron a solas. Vicente intuía que él no tenía ya ninguna oportunidad.

—Dime la verdad Avelino, ¿ha dicho ella que te prefiere a ti?

—Yo creo que sí, aunque no lo ha dicho de esa manera.

Vicente suspiró y alargó la mano para estrechar la de su amigo.

—Has ganado amigo mío, te felicito, aunque esta sea mi derrota.

Continuaron su amistad, aunque cada uno tomaría una ruta diferente en aquel tiempo en que los españoles emigraban masivamente a todo el mundo.

En aquellos años, la demanda de empleo superaba la oferta en las zonas agrícolas; los tractores se ocupaban ya de los trabajos más pesados y en poco tiempo cambió la situación. La maquinaria no se cansa ni suda rompiéndose la espalda con el esfuerzo, con un hombre al volante realiza maravillas. Por otra parte, la recogida de la fruta era algo puntual de temporada.

Tanto Susi como Avelino se entusiasmaron con la idea de emigrar a Sabadell, aquella ciudad de la que muchos hablaban como de una joya del desarrollo industrial. Intentaron convencer a las familias y, tras un tiempo de perseverar y un noviazgo corto, se casaron en una ceremonia sencilla, teniendo en cuenta las prisas para marcharse a nuevas tierras con trabajo seguro.

## CAPÍTULO DOS

Fue entonces cuando les conocí, en un departamento del tren en un triste día de despedidas. Toda mi familia estaba en el andén, ofreciendo una imagen desolada que se quedó durante mucho tiempo en mi retina.

Además de ellos dos, había en mi departamento una familia que viajaba desde Andalucía: los padres, una hija que contaría con unos dieciséis o diecisiete años y un chavalín de unos seis; movido e inquieto, que no paraba un segundo en el asiento. Después de los saludos que impone la cortesía más elemental, todos guardamos un silencio cauteloso por aquello de no conocernos, luego, poco a poco, se inició una conversación, encaminada a pasar aquellas horas de la manera más amena posible, teniendo en cuenta que eran muchas.

Ellos hablaban de sus vidas, de las familias que dejaban atrás con un punto de añoranza a pesar de estar ilusionados con el viaje. Yo les escuchaba en silencio. Cualquier persona, cualquier momento que reviviera en mi memoria a mí me causaba un profundo dolor. Precisamente para apaciguarlo, había decidido alejarme buscando un nuevo horizonte.

Cuando me miraban con una pregunta muda para averiguar algo de mi vida, yo miraba por la ventanilla, como si aquellos campos

que iban quedando atrás fuesen realmente muy importantes para mí. Ponía mucha atención, haciendo algún comentario que otro sobre aquella luz que se mecía como en olas bajo un sol de plomo. Lo que yo deseaba, realmente, era que todo mi pasado se transformara como una mariposa, capaz de dejar atrás el gusano vulgar, desplegando luego sus alas majestuosa para pintar el aire de colores.

Los proyectos de Susi y Avelino se mezclaban con el ruido de la locomotora, acunados por aquel vaivén que formaba parte de nuestros cuerpos. La carbonilla se impregnaba en la piel y a veces, osada, se metía dentro de los ojos.

En aquel compartimiento, aparecían todas las quimeras que cada cual llevaba consigo. Según avanzaba el tren, quedaban atrás las nostalgias, abriendo paso a la fantasía. La ilusión brillaba en los ojos, a pesar del cansancio y el color ceniciento con el que nos obsequiaban los trenes de entonces. El aire se colaba por las ventanillas abiertas aliviando un poco el calor.

Todos avanzábamos hacia un mundo desconocido, que cada cual había adornado a su gusto y manera, dependiendo de la capacidad de imaginar de cada uno. Había, sin embargo, una aspiración común en todos nosotros: encontrar un trabajo seguro.

El recorrido del tren en aquella ocasión fue de veintiocho horas, tuvimos tiempo, por lo tanto, de conocernos, de comer y de cansarnos. La familia, que procedía de Andalucía, llevaba en su equipaje unas cacerolas con los conejos fritos que habían sacrificado antes de su partida. La carne iba cubierta de aceite para su conservación y, a pesar de sus precauciones, la grasa existente no tardó en hacer estragos en el departamento, produciendo un olor a rancio en el ambiente que se impregnaba, mezclándose con los aromas a humanidad que se paseaban por los pasillos y recorrían los departamentos. El más pequeño protestaba.

—Yo no quiero comer eso otra vez, ¿es que no tienes otra cosa?

—Pues no, esto es lo que hay —decía la madre mirándole muy seria.

El chico ponía cara de enfadado, como si aquello fuera un verdadero castigo.

Aquella familia se dirigía a Santa Maria de Barberà, donde trabajaba el hijo mayor en una fábrica de cartón junto al río Ripoll, hospedándose en casa de una tía. El chico había buscado una casa de alquiler para reunir a la familia: era una casa de payés conocida como Can Batista, junto al río y muy cerca de donde vivían los dueños: una masía llamada Ca n'Escaiola.

La pareja de recién casados se trasladaba a Sabadell, al barrio de la Creu de Barberà, donde ya les esperaban. Ellos no conocían los pormenores de la vivienda, pero estaban ilusionados por llegar a su nuevo hogar, el primero que compartirían en común.

En los pasillos del tren conversamos con otras personas que también viajaban a Cataluña para trabajar, la mayoría en el textil. Los puntos de destino más recurrentes eran, además de Sabadell, L'Hospitalet, Badalona o Santa Coloma de Gramenet. Yo llevaba la dirección de una prima de mi madre, que sólo había visto una vez de pequeña y se había ofrecido para acogerme en su casa.

Atardecía cuando nos aproximamos a la ciudad condal. El ambiente había ido cambiando paulatinamente según nos acercábamos y el color del ambiente se tornó opaco; el crepúsculo nos abordó de repente, pero no era sólo la llegada de la oscuridad. Mientras se desvanecía la luz por momentos, percibíamos como un vapor flotante, unas manchas cenicientas que tapaban el cielo, mientras una fina neblina se apoderaba del aire y vagaba sin rumbo a la deriva. Aquella capa húmeda y pesada lo atrapaba todo y pronto formó también parte de nuestra piel.

Esperábamos quizás una tormenta, lluvia, rayos y truenos, pero nada de eso ocurrió.

Susi y Avelino me miraron sin saber cómo abordar una cuestión y titubeaban; al final se decidieron a hacerme una propuesta.

—Si quieres, podrías vivir de momento con nosotros, no conocemos a nadie, tú tampoco y nos caes bien, eso nos ayudaría a los tres —expusieron.

—No sé qué decir, también vosotros me caéis bien, pero creo que si aceptara abusaría de vuestra amabilidad —respondí un poco turbada.

—Pues no digas nada ahora, cuando llegue el momento lo decides, de todas formas, aunque no aceptes vivir con nosotros, podrías pasar la noche en nuestra casa, no es agradable buscar una dirección de noche en una ciudad tan grande. Si no quieres quedarte, con la luz del día, nosotros te acompañaremos a buscar a esa señora.

No supe qué responder ante tanta amabilidad, parecían dos personas estupendas. Le di mil vueltas a la cabeza. De todas maneras, la persona que me esperaba, creía recordar de la única vez que la vi cuando era sólo una niña, ni siquiera me cayó bien.

La estación de Francia a nuestra llegada me pareció inmensa: había varios trenes estacionados en las diferentes vías pero, sobre todo, lo que había era una multitud en movimiento, todos cargados de maletas y grandes bultos que se empujaban unos a otros. Cuando nos bajamos del tren nos despedimos de la familia de los conejos fritos, que tomaron un taxi y se marcharon hacia su destino. Quedamos pues los tres solos, a la espera de que yo me decidiera a tomar una decisión. Cuando estuvo algo despejado el andén, busqué con la mirada por si alguien me esperaba, pero ninguna de las personas que transitaba parecía prestar atención a una pasajera recién llegada. Ya era bien entrada la noche y el cansancio hacía acto de presencia. Manteníamos el vaivén en el cuerpo, como si el fantasma del tren se hubiese quedado con nosotros, silencioso y solícito. Todos los viajeros desaparecieron con mucha rapidez, por lo que, en poco tiempo, la estación se vio despejada de aquella multitud bulliciosa. Las dos personas que sólo horas antes eran completamente desconocidas para mí esperaban con su equipaje junto al mío en silencio, a la espera de que yo tomara una decisión. Me sentí muy agradecida, no sólo por la paciencia y condición humana que demostraban, sino al pensar qué podría hacer yo sola en aquel lugar de noche.

—¿Qué te parece, Aurora, si llamamos a un taxi y nos vamos a casa?

Tardé apenas unos segundos en decidirme.

—De acuerdo, me voy de momento con vosotros.

Salimos al exterior; el aliento de la calle nos envolvió, confirmando aquella humedad pegajosa que habíamos notado cuando nos acercábamos a la ciudad. El aire contenía una espesura nueva, aunque no nos importó, sencillamente, era diferente al ambiente que conocíamos. Aquella era una gran ciudad.

—Así deben de ser las capitales —comentamos.

En cuanto pisamos la calle, se ofreció un taxista para llevarnos. Colocamos todo el equipaje lo mejor que pudimos y enseguida ocupamos los asientos. Avelino se instaló de copiloto y nosotras dos, nos camuflamos semienterradas entre un sinfín de paquetes camino de lo desconocido.

Las calles palpitaban bajo una luz de acuarela. Al otro lado de los cristales, percibíamos el latir de la vida acelerada. Los edificios que veíamos a nuestro paso lucían diferentes vestiduras: unos envueltos de esplendor, con balcones soberbios y cornisas espléndidas, mientras que muy cerca, sólo volviendo una calle, nos topábamos con bloques de pisos míseros que amenazaban con derrumbarse.

Susi me miró y sonrió.

—Hemos tenido suerte de encontrarnos, ¿verdad?